

LECCION DE INGRESO
Como Amigo de Número de la
REAL SOCIEDAD BASCONGADA
DE LOS AMIGOS DEL PAIS

Por
RETRATO CONTROVERTIDO

DE BILBAO

La Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País me hizo el honor de proponer mi integración en la Sociedad como miembro Supernumerario en el mes de mayo de 1987. Por supuesto que acepté encantado, agradeciendo sinceramente que se hubieran acordado de mí, por la importancia histórica que tiene el País y porque ya sabía yo entonces que la intención de la misma es, principalmente, cultivar la inclinación y el gusto de los vascos hacia la cultura en general, y corregir y pulir sus costumbres... Siempre he creído que la cultura es un elemento fundamental para la convivencia y para la solidaridad. Pero, además, he creído también que los vascos de hoy, para saber bien quienes somos y de donde venimos, y por qué y cómo hemos llegado a influir y ser respetados en el mundo, debemos conocer y tomarnos en serio la historia de nuestro pueblo... Y en esta labor la Bascongada ha actuado siempre con una lucidez que honra a cuantos han participado en ella desde su origen.

Por

Angel Ortiz Alfau

Para ser Socio de Número debía haber presentado un trabajo de ingreso dentro del plazo de dos años, según señalan los Estatutos de la Sociedad. Lo hago, por lo que pido disculpas.

Lección expuesta en Bilbao,
el 23 de noviembre de 1995,
en el Salón de Actos del
Archivo Foral de Bizkaia

LECCION DE INGRESO
Como Amigo de Número de la
REAL SOCIEDAD BASCONGADA
DE LOS AMIGOS DEL PAIS

Por

ANGEL ORTIZ ALFAU

La Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País me hizo el honor de proponer mi integración en la Sociedad como miembro Supernumerario en el mes de mayo de 1987. Por supuesto que acepté encantado, agradeciendo íntimamente que se hubieran acordado de mí, por la importancia histórica de esta Sociedad y porque ya sabía yo entonces que la intención de la misma es, principalmente, cultivar la inclinación y el gusto de los vascos hacia la cultura en general, y corregir y pulir sus costumbres... Siempre he creído que la cultura es un elemento fundamental para la convivencia y para la solidaridad. Pero, además, he creído también que los vascos de hoy, para saber bien quienes somos y de donde venimos, y por qué y cómo hemos llegado a influir y ser respetados en el mundo, debemos conocer y tomarnos en serio la historia de nuestro pueblo... Y en esta labor la Bascongada ha actuado siempre con una lucidez que honra a cuantos han participado en ella desde su origen.

Para ser Socio de Número debía haber presentado un trabajo de ingreso dentro del plazo de dos años, según señalan los Estatutos de la Sociedad. Lo hago, pues, con mucho retraso, por lo que pido disculpas.

Voy a presentar —con la ayuda de unos pocos escritores— un “Retrato controvertido de Bilbao”. Cotrovertir, según la Academia de la

Lengua Española, es discutir extensa y detenidamente sobre una materia. Llevo mas de cuarenta años recogiendo cuanto se ha escrito o se ha dicho sobre la Villa de don Diego... Incluso en un tiempo —hace ya muchos años— pedí opiniones, autógrafas, a personalidades indiscutibles, principalmente literatos o pintores. De lo que se ha dicho de Bilbao a lo largo de toda la historia podíamos hablar horas y horas, días y semanas. Se podría publicar una curiosa enciclopedia, de muchos volúmenes... Pero hoy, ahora, vamos a contar, a ser posible de forma distendida, con unas pocas, las que podamos en los cuarenta y cinco minutos que tenemos de tiempo. Elogiosas o no, pero solo de gentes de este siglo.

Si profundizamos un poco en la historia de Bilbao comprobamos enseguida que ha sido un pueblo constantemente agredido... de palabra y de obra. Incluso muchas veces, agredido por sus propios hijos.

Estos días pasados, con motivo de la inauguración del Metro, algunos donostiarras —incluido mi amigo el alcalde de San Sebastián— ha ironizado contra Bilbao, de forma poco seria. Incluso en algún medio se dijo que, con el estilo que se gastan los bilbainos para valorar sus cosas era casi seguro que el Metro del Bocho le íbamos a llamar *el Kilómetro*... Pero hoy vamos a olvidarnos de esa frivolidad que se ha dado en llamar *bilbainadas*, porque las bilbainadas más graves, las que más divierten a nuestros vecinos, las hemos inventado nosotros mismos, los bilbainos.

A modo de anécdota, sí querría recordar que hasta casi finales del siglo XVI —1577— no se imprimió en Bilbao ningún libro. El primer impresor fue Matías Marés, que por razones legales tuvo que salir de Bilbao muy pronto, por lo que no duró mucho tiempo entre nosotros, aunque después no faltaron editores nunca. Pero imprimió las primeras Ordenanzas Municipales de Bilbao en 1579, aunque de aquella edición no existe hoy ningún ejemplar.

Pero hablando del Bilbao del siglo XX, es sabido que algunos optimistas afirmaron que era, o había sido, “la Atenas del Norte”. ¡Muchos! Naturalmente, se referían más o menos a nuestros años veinte de nuestro siglo. Lo dijo también Rafael Ossa Echaburu, según veremos más adelante.

Es indiscutible que hay bilbainos que han alcanzado cotas intelectuales y artísticas insospechadas, y que aquí han florecido muy positivamente no solo los negocios y la industria, sino también las artes. Aquí

se forjaron, gracias principalmente a la iniciativa de algunos bilbainos, un gran Museo de Bellas Artes —el segundo, hasta hace muy poco, en importancia en España—, una gran Orquesta Sinfónica que tiene muchos años de historia feliz, una Sociedad Filarmónica que va a cumplir el próximo año su primer centenario, una Sociedad Bilbaina que organizó para sus socios, entre otras cosas, una gran biblioteca, la Sociedad El Sitio, otras sociedades culturales y recreativas de prestigio, etc. Y, lo que nadie puede poner en duda, Bilbao ha dado a la humanidad grandes personalidades del pensamiento, de la literatura, de la pintura, la música, la escultura. Sí, nos ha dado no solo a nosotros, los bilbainos, sino a todos los vascos. y a la humanidad entera.

Es por eso por lo que he creído siempre que todos los vascos, los españoles, los europeos... deben tomarse en serio la importancia del patrimonio cultural bilbaino, y utilizarlo para su enriquecimiento espiritual... Pero soy un tanto pesimista. Porque aquí, en Euskadi, no es que leamos poco. No. Es mucho más terrible. La inmensa mayoría de los vascos no lee nada. Incluido muchos que mandan no poco en la política. ¡Y así nos va!

Pero hoy solo vamos a controvertir con cosas que se han dicho o se han escrito sobre Bilbao, como decía antes; no voy a ocuparme de historiadores ni de políticos; solo de novelistas, ensayistas, poetas. Y de este siglo.

Como, naturalmente, no van a caber todos —¡ni mucho menos!— había pensado nombrar a los más importantes. De hoy y de otro tiempo. De aquí y de fuera de aquí. Pero son tantos, que será mejor dejarlo para cuando se publique esta disertación, si es que se publica.

Pero vamos ya con el recorrido bilbaino de algunos escritores. Insisto, vamos a hacerlo de forma poco erudita, desordenada, informal, para que resulte lo más entretenida posible.

Sin la pretensión de ser exhaustivo, ahí están Bowles, Benito Pérez Galdós, Vicente Blasco Ibáñez, Antonio de Trueba, Pío Baroja, Teófilo Guiard, Diego Mazas, Camilo José Cela, Eugenio d'Ors, José Ortega y Gasset, Jacinto Benavente, Hemingway, Bertold Brech, Azorín, Charles Moealler, Rafael Sanchez Mazas, Ramiro y Gustavo de Maeztu, Tomás Meabe, Julián de Zugazagoitia, Emiliano de Arriaga, Alfredo de Echave. ¡Muchísimos más!

Que no sería justo de silenciar. Sigo con más nombres: José de Orueta —que escribió unas deliciosas y muy inteligentes “*Memorias de un bilbaino*”, libro que se ha convertido en un clásico del bilbainismo culto—, Oscar Rochelt, Argos, Manu y Alejandro de la Sota, Manuel Aranaz Castellanos, Juan Larrea, Esteban Calle Iturrino, Indalecio Prieto —que dejó claro que era un buen escritor, además de un buen político—, Juan Carlos de Gortázar, Estanislao M^a de Aguirre, Juan Antonio de Zunzunegui, Fernando de la Cuadra Salcedo, Adolfo Aguirre, Manuel Ramírez Escudero, Blas de Otero, Luis de Castresana, Juan Manuel Polo, Gabriel Aresti, Daniel Lecanda, Ramiro Pinilla, Elías Amézaga, Alfonso Carlos Saiz de Valdivielso, Manu Leguineche, Raúl Guerra Garrido, Gerardo Diego, Rafael Ossa Echaburu, Jose Miguel de Azaola, Manuel Basas, Manuel Llano Gorostiza, Eusebio Abásolo, Carlos Bacigalupe, José Luis Merino, José Agustín Goytisolo, Javier de Bengoechea, Antonio Menchaca, Enrique Ibarra, Jose M^a de Areilza, Juan M^a Aresti, Jon Juaristi, Germán Yanke Felix Maraña, Javier Aguirre Gandarias... y unos cuantos jóvenes que, desde hace algún tiempo, son noticia literaria en Bilbao y fuera de Bilbao, como José Fernandez de la Sota, Iñaki Ezquerro, José Miguel Fernandez Urbina, M^a Eugenia Salaverri, Pedro Ugarte, Mari Feli Maizcurrena, Juan José Lanz, Pablo González de Langarica, etc. etc. Sí, hay más gente, mucha más gente. No había olvidado a Patxo Unzueta, que escribió otras memorias de un bilbaino, memorias de este tiempo, en un libro titulado simplemente “*Bilbao*”... Hay más libros bilbainos de Jesús M^a de Amilibia o Florencio Martínez por ejemplo... La lista completa sería interminable.

Creo que después de este recorrido, esta especie de inventario provisional, queda claro lo que afirmaba al principio: se podrían publicar numerosos volúmenes si recogemos todo lo que se ha dicho sobre Bilbao... Bueno, regular y malo.

Pero vamos ya con el recorrido bilbaino de algunos escritores. Insisto, vamos ha hacerlo de forma poco erudita, desordenada, informal, para que resulte lo más entretenida posible.

CAMILO JOSE CELA EN BILBAO

El Nobel de Literatura Camilo José Cela ha estado en Bilbao pocas veces. A comienzos de los años cincuenta vino del Miño de paso al

Bidasoa. Estaba escribiendo un libro de viajes. «*Bilbao es, sin duda alguna, una gran ciudad*», dijo entonces. Y escribió también: «*No hay duda alguna de que Bilbao es una ciudad que trabaja*». Dos cosas evidentes, obvias. Pero Cela en Bilbao, en aquel tiempo, se desorientaba y se perdía. Pasó, según él, a paso de carga.

Después estuvo otras veces, pero no muchas. Alguna a pronunciar una conferencia. La última el año pasado, a presentar su novela “*La Cruz de San Andrés*”, Premio Planeta 1994. Esta vez lo que más le gustó de Bilbao al Premio Nobel fueron las angulas, según él.

En una ocasión, hace ya muchos años, le pedí una opinión autógrafa sobre Bilbao. Me la envió, muy literaria. Decía así:

«*Bilbao retumba como un disparo en la mar y su eco es oro. Elegante y silencioso —no es cierto el mito del ruido de Bilbao— su nombre semeja la cifra misteriosa de un gallardete alado como una gaviota*». (Esto fue hacia 1950).

En el libro “*Del Miño al Bidasoa*” cuenta Cela que en la Gran Vía (de Bilbao), con el sombrero en la mano, y con los mejores modales posibles, le preguntó a una señora que pasaba con el libro de misa en la mano y el velito sobre la cabeza «¿*dónde está el puerto?*». La señora le respondió, *extrañadísima*, que en Bilbao no hay puerto. Lo que hay es ría. Y Cela, entonces, le preguntó: «¿*Y hacia dónde cae la ría?*». «*Por ahí abajo, vaya usted todo seguido*» —le contestó la mujer.

Cela dice entonces, en su libro, que se subtitula “*Notas de un vagabundaje*”, que él no es hombre para andar paseándose por ciudades como Bilbao, con ese volumen de población y esa multitud de edificios. El prefiere el campo, la montaña y el caserío.

PIO BAROJA

A finales de 1917 —se publicaba ya la revista “*Hermes*”— vino unos días a Bilbao Pío Baroja, acompañado desde Madrid por sus amigos Ricardo Gutiérrez Abascal —“Juan de la Encina”— y el pintor bilbaino Juan Echevarría.

La Asociación de Artistas Vascos decidió homenajearle con un banquete íntimo en un restaurante de Archanda, y aunque don Pío no pen-

saba hablar, Juan Echevarría le convenció para que dijera algunas palabras sobre Bilbao. Baroja le preguntó si lo que tenía que decir de Bilbao tenía que ser ecomiástico. «No, no; diga usted lo que quiera», le contestó.

Y dijo don Pío entre otras cosas: «*La impresión que tengo de Bilbao es todavía muy somera y poco profunda. Indudablemente, y a primera vista, éste parece un pueblo que marcha. Si hay que fijarse en las chimeneas, en los humos, en las máquinas, este pueblo avanza a pasos agigantados; en cambio, si se fija uno en los hombres, y en los hombres de empresa, ya no parece que marche tanto*».

Dijo también: «*La verdad es que, por ahora, los vascos asombramos un poco a los palurdos del interior con nuestras novedades mecánicas; pero esos palurdos nos podrían decir, si lo supieran, que ellos hicieron antes algo muy original, y que nosotros no hacemos ahora más que repetir lo que se hace fuera de España. También se deslumbra a la gente de fuera con el dinero. Es cosa ésta que no me produce ningún fervor ni ningún respeto. En Bilbao, como en todo el País Vasco, echan más chispas las chimeneas que el espíritu de los hombres. No inventamos nada, no podemos inventar. ¡Inventar! Esta es la gloria de la humanidad*».

Pío Baroja pidió perdón por el tono de su divagación, advirtiendo que él sólo sabía decir lo que pensaba. Por otro matiz de su discurso —que lo publicó íntegro el periódico “*El Liberal*”— se montó en Bilbao un lío formidable, en el que intervino contra Baroja Resurrección M^a de Azkue.

Más tarde, cuando Baroja recuerda en unas *notas de un aprendiz de psicólogo*, que publica en el libro “*Las horas solitarias*”, aquel incidente, escribe de Bilbao:

«*Bilbao es un pueblo que cada día se va haciendo más denso y más interesante. La ría es una de las cosas más sugestivas de España. Yo no creo que haya en la Península nada que dé una impresión de fuerza, de trabajo y de energía como esos catorce o quince kilómetros de vía fluvial. Lo que me parece es que la gente de Bilbao no está todavía a la altura de su ciudad, al menos a la altura de su ría*».

Baroja publicó esto en 1920. Cuando en 1953 aparece en la colección “*Guías de España*” de Ediciones Destino, de Barcelona, la de “*El*

País Vasco” —escrita por él—, reproduce íntegramente estas palabras, omitiendo solo la referencia a los bilbainos. Y añade un recuerdo a dos pintores nuestros, amigos suyos: Juan Echevarría y Aurelio Arteta. «*Este último —afirma—, que era muy modesto pero muy artista, murió al llegar a América atropellado por un tranvía*».

En 1950 le pedí una opinión autógrafa sobre Bilbao, para un libro manuscrito que estaba preparando. Fechada por él mismo el 20 de agosto, decía:

«Bilbao es el pueblo más dinámico de España. Vive en su ría como un cosaco sobre su caballo. Las ciudades del Mediterráneo tienen los puertos lejos del centro de la urbe. Contemplan el mar a distancia. Bilbao no. Bilbao mira su ría como si fuera su arteria aorta».

Seguramente, la opinión hoy de Pío Baroja sobre Bilbao sería diferente. Han cambiado no poco las cosas... También en la novela “*La sensualidad pervertida*”, de la serie “*Las ciudades*”, hay referencias a Bilbao...

Yo le visité a Baroja en Madrid, en su casa de la calle Alarcón, una tarde del mes de noviembre de 1951. Pasé con él unas horas inolvidables... Hablamos de Bilbao y de algunos bilbainos... entre otras cosas. Acababa de morir Resurrección M^a de Azkue. «*Don Pío, ha muerto un enemigo suyo*» le dije con cierta ingenuidad... «*¿Quién?*» Resurrección M^a de Azkue. «*No diga que era enemigo mío... como mucho un adversario*». Hace unos años nos encontramos en el tren, viniendo de Salamanca, y me preguntó cuándo iba a pronunciar el discurso de ingreso en la Academia Española... No, no, siento mucho su muerte. Azkue y yo ya nos habíamos reconciliado...

Y RICARDO...

Pío, Ricardo y Carmen Baroja tuvieron un abuelo *natural de la villa y término municipal de Bilbao*: se llamaba nada menos que Querubín... Querubín Nessi y Azaola, de cuya rama acabarían heredando la panadería.

Bilbao tuvo que ver algo en la vida de Ricardo, aguafortista y curioso e interesante escritor, que fue también aventurero, inventor, fabricante de pluviómetros, bibliotecario, viajero, soñador... Solía decir don Pío

que su hermano tenía una rara vocación de náufrago. Según su amigo Ramón María del Valle-Inclán, poseía las virtudes de las gentes del Renacimiento, ningún goce intelectual le era ajeno.

Insisto, Bilbao tuvo que ver en la vida de Ricardo Baroja. En 1891 obtuvo el certificado de aptitud para Archivero, Bibliotecario y Anticuario. Tres años más tarde ganó unas oposiciones, y fue enviado a Cáceres. A mediados de diciembre de 1897 es destinado a Bilbao, a la Biblioteca del Instituto, empleo que le dura a Ricardo hasta el mes de mayo del año siguiente...

El lo contaba en un texto que me envió manuscrito desde Vera del Bidasoa fechado el 4 de abril de 1951. Decía:

«¡Bilbao! ¿Bilbao? ¡Para mí maravilloso! A pesar de que allí sufrí alguno que otro desengaño. Hace más de sesenta años, acompañaba yo a mi padre, Jefe de Minas de Vizcaya. Me enamoré de una chica bilbaina, guapa y grandullona. Me largó las calabazas más grandullonas que un suspirante puede recibir. Años después fui nombrado bibliotecario del Instituto de Bilbao y me pasé por el Arenal, pipa en ristre y las manos en los bolsillos. Contemplando a las chavalas. Pedí la excedencia y no puse el pie en las orillas del Nervión hasta que en un local de la Gran Vía, en el que los artistas bilbainos exponían sus obras, me invitaron a inaugurar una exposición de las mías. El amigo Arteta era el organizador. En 1916, la Compañía Gerrero Mendoza iba a estrenar mi tragedia "El cometa" en el teatro de los Campos Elíseos. Me dieron un banquete en el jardín de un restaurante. Estaban Unamuno, Martínez Abarte, Urvano, Mourlane, Galdeano... etc. etc. Por la noche, en el teatro, el respetable público me proporcionaba una respetable silba. Treinta años después los bilbainos adquirirían tantos cuadros míos, que no sé dónde los habrían colgado. ¡Bilbao! ¡Bilbao, para mí maravilloso!».

EUGENIO D'ORS Y BILBAO

Naturalmente, Eugenio d'Ors estuvo en Bilbao varias veces. En enero de 1915 viene a pronunciar una conferencia a la Sociedad El Sitio que se publica años más tarde en la revista "Hermes".

Yo le visité alguna vez en Madrid en su casona de la calle de Sacramento. Una tarde, seguramente la última, hablamos de Bilbao. El

tenía un enorme interés por Bilbao y por sus gentes. Recuerdo el entusiasmo que sentía por Aurelio Arteta, por Ignacio Zuloaga, por Ramón de Basterra... No tanto por don Miguel de Unamuno.

En su *“Novísimo glosario”* hay un incomparable *“Paisaje de Bilbao”*, que se había publicado en gran parte en la revista *“Hermes”*. Merece la pena recordarlo.

«Visto desde la ventana baja y grande del estudio de Aurelio Arteta, que ya da el cuadro compuesto y con marco, cosa es Bilbao de dulce mirar. Cierta analogía sutil une en consanguinidad, dentro de la gran familia de los verdes, el tierno estuche del Campo Santo de Mallona con el del castillo de Heidelberg. San Nicolás, abajo, cierra con un gris pobre, un poco calvinista, las pompas, tal vez más vulgares (estamos en el mes de septiembre y ha llovido de nuevo) del paseo del Arenal. Pero si más abajo hay fondos del Nervión que tienen un frío oscuro color de aceituna, en el cielo, plata y reseda, se suceden, al paso de los meteoros acuosos, todos los matices de una copa de olivo acariciada por el viento».

«A veces, en este escenario perlado, se insinúa tímido, un delgadísimo figurante vestido de naranja. Dos más vienen a flanquearlo pronto, amarillo el uno, el otro añil. Y desde el Campo Volantín a los tejados del teatro Arriaga, se tienden, en alto, brillantes en su acuarela, los rieles luminosos del arco iris».

Poco antes de su muerte Eugenio d'Ors dice en una nota que me envía desde Madrid: *«Escribo junto a un tronco del tilo de Bilbao. Y esto me comunica nostalgia y reciedumbre»*. Era un trozo del tilo del Arenal, ya muerto, que algún bilbaino se lo había enviado, quizá Alejandro de la Sota, Joaquín de Zuazagoitia o Rafael Sanchez Mazas... No lo sé.

Para uno de los libros manuscritos que hice sobre Bilbao, me envié autógrafa casi el mismo texto de la glosa que ha citado antes, pero encabezada con *«...Cierro los ojos y, verdigrís, el color del núcleo urbano se perfila en el horizonte de mis memorias. Visto desde aquella ventana...»*

DE MIGUEL DE UNAMUNO

No sería serio prescindir, hablando de Bilbao, de Miguel de Unamuno. Hace algunos años —más de treinta— el librero Arturo publicó un libro en la colección “*El Cofre del Bilbaino*” con *todo* —subrayo todo— lo que don Miguel había escrito de Bilbao. Yo le propuse hacerlo al profesor de la Universidad de Salamanca Manuel García Blanco, responsable y autor de los estudios de las obras completas de Unamuno que había publicado Escelicer, y quien mejor conocía en aquel tiempo la obra del escritor bilbaino. Aceptó. Colaboraré, naturalmente, con él intensamente. Lo titulamos “*Mi Bochito*”, el mismo título que puso el autor a un ensayo publicado en 1900 en la revista “*El Centenario*”, de Emiliano de Arriaga...

El *bochito* unamuniano de Arturo apareció en 1965, después de dos años de trabajo. Pues bien, aquel libro tenía cerca de trescientas páginas en cuarto mayor... ¡y no estaba todo lo que Unamuno escribió de Bilbao! No estaba ni “*Paz en la guerra*” —¡tan bilbaina!—, ni todo “*Recuerdos de niñez y de mocedad*”... Ni otras cosas. Algunas porque no pudimos localizarlas. Hoy es casi imposible encontrar un ejemplar de este libro, por lo que considero que sería muy oportuno reeditararlo, añadiendo lo que faltaba...

Pero hoy voy a repasar lo que hay de bilbaino en otro de los libros de Unamuno, uno de los menos conocidos y, a mi juicio, de los más importantes: me refiero a el “*Cancionero. Diario poético*”, un libro que su autor inicia en el exilio en tiempos de la Dictadura de Primo de Rivera, en Hendaya, el 26 de febrero de 1928, y concluye tres días antes de su muerte —el 28 de diciembre de 1936— en Salamanca...

El “*Cancionero*” se publicó por vez primera en Buenos Aires en 1953, con un prólogo de Federico de Onís. Tiene nada menos que 1.755 poemas... Muchos de ellos vascos, diez bilbainos... El “*Cancionero*” es un libro que deja claro lo inmensamente buen poeta que fue Unamuno y cómo la poesía le servía también para profundizar, se publicó en Buenos Aires porque en España, en aquel tiempo, no lo hubiera permitido la censura.

Pero vamos con los poemas bilbainos del “*Cancionero*”, algunos plagados de nostalgia...

El poema número 221, —hasta el 221 no escribe de Bilbao—, tiene fecha de 18 de junio de 1928:

COCHORRO de mi niñez!
en el cuévano en que guardas
tus alas de zumbar vuelo
me traes la dulce mañana
de mi primer primavera
del Bilbao de mis entrañas.

Esos tus abaniquitos
me brezan brisa del alba
del alma que halló entre flores
de castaño tu morada,
cochorro aristofanESCO,
juguete de mi alborada.

Manso cochorro que preso
del hilo traidor volabas,
pide al Dios de los cochorros
—el Dios que me sopló el alma—,
que no corte el hilo santo
que mis recuerdos enlaza.

El 12 de julio del mismo año (277) escribe:

LA NARRIA

No volveré a veros, narrias,
la Bilbao que se me fue,
resbalábais silenciosas
por calles de mi niñez.

Al paso de lentos bueyes
que iban babeando a la vez
que barrilito goteaba
e iba marcando el cordel.

¡Qué encanto montar un poco
sobre las vigas y ver
que el Nervión también sin ruedas
se iba a la mar sin saber.

Y así marchó mi vidita
¡qué *sirinsirin* aquel!
las ruedas del automóvil
invención de Lucifer

El 26 de septiembre escribe en su diario nada menos que cinco poemas. En uno de ellos vuelve a recordar su niñez bilbaina.

SANCHO de Azpeitia arrogante
a Don Quijote replica
y en romance vizcaino,
en *erdera* quijotiza.

Te he hecho mía, lengua hermosa,
a *chuchu* de alta conquista,
y he de meter en tu *colco*
concordancia vizcaína.

Cuando *chenche* en mi bochito
tus acentos balbucía,
hice risas de tu verbo
luego entre *chalaos* de villa.

Entre *coitaos* y *memelos*
mi campaña proseguía,
salí de los *sirimiris*
para subir a Castilla.

Se me secaron los huesos,
mas en tus tuétanos vibran
las húmedas *chirenadas*
de mi niñez bilbaína.

En octubre recuerda a un amigo de su niñez, muerto: Mario de Sagarduy y hasta el mes de marzo de 1929 no vuelve a escribir don Miguel otro poema bilbaino. Es el número 742.

El cuitado es en Bilbao
un *coitao*,
en cuaresma bacalao
al *sirimiri*
se ingiere,
Gargantúa,
venga grúa!
pero hombre, que así se muere!
qué más da?
y de otro modo también !carne va
la cuita nos dé esperanza,
de la panza sale la danza;
allí en el muelle de Ripa
se abastecía la tripa;
de este mundo sacarás
lo que metas y no más.

El poema anterior está fechado el día 1, igual que otros nueve. En el 747 vuelve a recordar su niñez bilbaina.

*AIVA éste! nos ha meao
en mitá mitá del ojo!
¡Ay mi niñez! mi Bilbao!
calma, alma mía, tu antojo!*

¿No está meándome el cielo
sirimiri de ilusión?
Dios, qué mezquino el consuelo!
tu mar me dará razón.

Un leve recuerdo del Nervión, junto con el Tormes y el Bidasoa, hay cuatro días después. El 6 de marzo de 1929 escribe en Bayona:

AY catedral de Bayona!
Santiago de mi niñez!
cielo vasco por corona,
ya se fue mi mejor vez.

Sediento en la Nive bebo
memorias de mi Nervión,
donde al viejo, Puente Nuevo
se le llama, y es razón.

Bayona de la añoranza,
el recuerdo es porvenir,
el porvenir esperanza;
Bilbao a la mar, morir.

El mismo mes, (marzo), el día 11 dedica una poesía al *sirinsirin* de San Nicolás:

AY el sirinsirin de San Nicolás,
a gastar las pobres bragas por detrás
calentarse el culo y vuelta al escás.

La piedra pulida de tanto tristrás;
se gasta el ensueño
al mismo compás.

El 18 de abril de 1929, escribe don Miguel en su "*Diario poético*":

BILBAO; el barco dice adiós a silbo;
la mena roja llévase el Nervión;
antaño a Shekspir al cantarle el *bilbo*
el arte le cantaba del ferrón.

El día 20 de septiembre del mismo año (1929) Unamuno recuerda nuevamente a Trueba y a su niñez. El 19 de noviembre dedica un poema

A Juan Echevarria, mi pintor:

Mi puente de Isabel Segunda,
luego puente del Arenal;
sobre el Nervión al puente inunda
a las doce río animal!

Ríe la ría risa sucia,
sudor de mena lleva al mar;
a las costureras acucia,
hay que ganarse un mal pasar.

Sobre la ría pasa un río,
agua de ensueños va a dormir;
puente de vida, mocerío;
¡ay mi Nervión del porvenir!

El 25 de enero de 1931, *de nuevo en España*, don Miguel escribe en su diario un poema que titula "Bilbao":

Tú no, tú no, Bilbao, me cuentas
historias;
tú, con labios de madre, lentas
memorias
que hablan de eternidad;
de eternidad de antes de niño,
de la antecuna
que arrebuja a tu cariño
dormita mi fortuna;
tuya, Bilbao, mi humanidad.
Tú eres mi tierra, mi terruño,
terrón;
en mis entrañas el cuño,
de tu Nervión.

Tú no, tú no, Bilbao, fantasmas
de tinta,
menguadas cataplasmas
que a la razón encinta

le calman los antojos de la fe;
tú alboreadas brumas,
rocío de oro,
mortal rocío,
donde en divinas plumas,
final tesoro,
sin albedrío,
libre de todo ensueño, me dormiré.

WALTER STARKIE Y BILBAO

El escritor e hispanista irlandés Walter Starkie, (ya fallecido), autor de numerosos libros, me envió en una ocasión esta opinión autógrafa sobre Bilbao:

«Tengo muchos recuerdos de Bilbao desde el año 1921 cuando vine aquí en viaje de bodas. Aquellos fueron años cuando tres genios españoles me parecían encarnar el espíritu del roble vasco. Unamuno —mago con ojos de búho—; Baroja, “humilde y errante” según su propia definición, pero rey de la novela para nosotros europeos; y Ramiro Maeztu, paladín del Hispanismo además de conquistador vasco. Nosotros británicos nunca olvidamos que entre Gran Bretaña y Bilbao durante siglos no se ha firmado nunca contratos mercantiles, porque siempre ha bastado la palabra dada. Nosotros irlandeses no olvidamos las esencias tradicionales que unen nuestras dos razas madres. Últimamente en Colombia y en Chile pude apreciar lo que significa en el mundo el espíritu de Bilbao».

EMILIANO DE ARRIAGA Y VICENTE BLASCO IBAÑEZ

Emiliano de Arriaga, emparentado como es sabido con el músico Juan Crisóstomo de Arriaga, nació en Bilbao en 1844 y murió en Zuazo en 1919. Aunque profesionalmente se dedicó a la corredería marítima, su vocación le hizo escribir algunos libros y componer diversas obrillas musicales. Sus escritos tienen que ver casi todos con los tipos y las costumbres de Bilbao. Sus libros más importantes son el *“Lexicón etimológico, naturalista y popular del bilbaino neto”*, *“Vuelos cortos”*, *“La pastelería”*, que él llama novela *chimbescas*...

Pedro Murlane Michelena dijo de Emiliano de Arriaga que fue «escritor, si no de humanidades, sí de buenas letras». Y dijo también que «la resaca de la villa sietecallera zumba aún en la concavidad de su prosa. Corridas, procesiones, fiestas familiares, están ahí como en los pasteles de Losada, levemente aprisionados».

También Unamuno habló con elogio de los libros de Arriaga. Poco después de su muerte escribía don Miguel: «Los libros de Emiliano de Arriaga que guardo en mi librería doméstica están consagrados. En los márgenes de sus hojas queda la leve señal de los dedos temblorosos de mi santa madre que, con las de los libros de devoción y pocos más, repasaba cuando se iba despidiendo de esta vida, de la que salió al fin, el día de Nuestra Señora de Begoña».

De Emiliano de Arriaga y su bilbainismo podíamos hablar también horas y horas. Pero hoy voy a contar solo una anécdota.

En el “*Lexicón etimológico, naturalista y popular del bilbaino neto*” cuenta Arriaga que «cuando aún carecía de nombre el que entonces era barrio de pescadores, un comparsa alegre de entre ellos arrojó desde el puente de San Antón un botijo a la ría y al ir penetrando agua en él, hacía, bil, bil, bil, bil... hasta que al llenarse por completo hizo... ¡bao! para irse al fondo. Y habiéndoles caído en gracia la observación, bautizaron con ese nombre a la barriada». Esto lo había publicado don Emiliano en 1896...

Pues bien, el escritor valenciano Vicente Blasco Ibáñez, nacido en 1867 y muerto en 1928, contaba en su novela “*El intruso*” —como es sabido absolutamente bilbaina—, ocho años después que Arriaga, que a un gabarrero de Olaveaga le gustaba especialmente relatar el origen de Bilbao:

«Lo habían fundado unos pescadores a orillas de la ría —escribe—, entre las Repúblicas de Begoña y Abando, y andaban tristes y preocupados no sabiendo qué nombre dar a su aglomeración de chozas. Un día, por divertirse, arrojaron al Nervión un botijo vacío. Bil, bil, bil, cantaba el agua al penetrar en su interior, y cuando casi lleno se fue al fondo, lanzó un sonoro bao. Los pescadores gritaron: “Bilbao será su nombre”».

Naturalmente, Blasco Ibáñez había visto el libro de Arriaga, o alguien le había contado la anécdota, porque la descripción es casi la misma. ¡Es decir, un plagio!

En *“El Intruso”* hay muchas más cosas sobre Bilbao y sobre los bilbainos. No deja de referirse el autor a cómo para los bilbainos del tiempo en que transcurre la novela —principios de siglo— el champaña era el distintivo de la riqueza, y como lo querían del más caro para que constase bien su opulencia... ¡Lo que los propios bilbainos denominaron, no sin ironía, *agua de Bilbao!*

También Julián Zugazagoitia hace una alusión *al agua de Bilbao* en su novela *“El botín”*: «¡*Agua de Bilbao! Gran regalo; deliciosa para el riego final de una comida excelente. Bien estaban los vinos blancos y rojos, pero el agua de Bilbao difícilmente faltaría a la mesa del vascongado aupado por la guerra a la categoría de rico. Agua de Bilbao!*»

Lo cierto, además —y esto se ha dicho pocas veces—, que no se llamaba agua de Bilbao a un champán cualquiera, sino ¡al champán francés...!

Alguna vez Blasco Ibáñez define a Bilbao, en su novela *“El Intruso”*, como la villa heroica e industriosa...

Habla también del «*eterno color del agua en los alrededores de Bilbao: los lavados del mineral enrojecían hasta la corriente del Nervión*». Pero ya no es roja el agua del Nervión...

El personaje principal de *“El Intruso”*, el doctor Aresti, exclama en cierto momento: «*Bilbao es grande. Hay que confesar que esta gente —se refiere a los bilbainos— ha hecho mucho. ¡Lástima que valga tan poco cuando le sacan de sus negocios!...*»

Del Teatro Arriaga hace una breve descripción muy despectiva: «*El Teatro Arriaga reflejando en las aguas del Nervión su arquitectura pretenciosa, cargada de cariátides y estatuas...*»

«*Aresti se fijó una vez más en la separación del hombre y la mujer que se notaba en las calles. Bilbao siempre era el mismo: cada sexo por su sitio. El hombre a los negocios, y la mujer sola a la iglesia o a hacer*

visitas, como única diversión...» (¡Ya han cambiado de entonces aquí las cosas en el Bocho!)

Hay, también, alguna referencia a *la fanfarronería de los bilbainos*, a las *siete calles*, lo más típico y tradicional, la calificación de Bilbao como *villa opulenta y feliz...* En fin, una novela para volver a leer.

ALEJANDRO DE LA SOTA

Hijo de Sir Ramón de la Sota. Nació en Bilbao en 1891 y murió, en Bilbao también, en 1965. Escribió en la revista “*Hermes*” y en el periódico bilbaino “*Excelsius*”, y publicó varios libros: “*Divagaciones de un transeunte*” (1920), “*Rosalía en París*” (1922), “*Divagaciones que nos trae el foot-ball*” (1932), “*Divagaciones de un bilbaino*” (1967), etc. Está claro que lo que más le gustaba a Alejandro de la Sota era *divagar*.

Joaquín de Zuazagoitia, su amigo, dijo de él en el prólogo de uno de sus libros:

«Alejandro de la Sota es un enamorado de Bilbao y, como todo enamorado, es un gran rondador. Se le ve constantemente rondar a la Villa. Paseante lento, con su aire al parecer distraído, la ronda sin cesar. Mira sus calles, sus piedras, sus gentes. Mira los montes circundantes. Mira los cielos grises y bajos que entran casi dentro de las calles. Ronda, ronda y ronda. Así ama las calles, las piedras, las gentes, los verdes que rodean el “Bocho”, los cielos que le arropan. Ama las fiestas, las anécdotas, el recuerdo de lo que fue y de los que se fueron. La Villa se le convierte en un corazón rumoroso y plural, que hace latir amorosa y melancólicamente el suyo».

Cuando volvió, después de un largo exilio, se le veía mucho paseando por Bilbao.

Pocos días antes de su muerte, Alejandro de la Sota escribió un *casi epílogo* para su “*Divagaciones de un bilbaino*”, titulado “*Pero... ¿quién nos saca de Bilbao?*”. Y comenzaba diciendo:

«Repito que ahora (1965), a pesar de lo que escribí hacia 1920, entonces algo sugestionado por la brisa del puerto, ahora me causa tedio visitar Las Arenas. Esto es a pesar de que he vivido allí bastante tiempo,

pero a medias, pues a medias solíamos vivir incluso durante el verano tantos bilbainos, entre Bilbao y Las Arenas (contando sí con un tren divertido), como hubo quien vivió y robusteció su salud, entre Bilbao y Deusto, es decir en invierno apegados al “bocho” con sus reflejos de tasita de plata, y en verano bordeando aquella huerta de los tomates por excelencia. Hubo casos dignos de anotar. El de la familia de Zubiría, pongamos por caso memorable: don Tomás, conde de Zubiría, mantenía casa en Bilbao —uno de los famosos chalets del Volantín— y casa en Deusto».

Hay mucho Bilbao en las obras de Alejandro de la Sota, escritas «con el humor entre sentimental y zumbón, rico en giros y expresiones bilbainísimas», según dijo de “Divagaciones de un bilbaino” Rafael Ossa Echaburu. Y dijo también: «Rezuma toda la bonhomía de su autor».

Rafael y yo publicamos en 1970 —con la colaboración de la familia— un libro titulado “El Bilbao de Alejandro de la Sota”. Se trataba de un homenaje en el que también participaron su hermano Manu —otro escritor al que hay que prestar atención—, Alfonso M^a Moreno, Javier de Bengochea, Monchín, Camarón, etc.

LA RÍA DE RAFAEL OSSA ECHABURU

Rafael Ossa Echaburu (Ondárroa, 1926) ha escrito más que sobre la ría de Bilbao, pero dos de sus libros que más me gustan tienen que ver con la ría desde la portada: “Riqueza y poder de la ría (1900-1923)”, Biblioteca Vascongada Villar, Bilbao, 1969 y “Mirador a la ría”, Ediciones Laga, Bilbao, 1993. Incluso cuando escribe un “Perfil de Bilbao” para una guía del País Vasco lo subtitula “La ría del Nervión”.

Es en este último que dice: «El cuadro total (de Bilbao) es rico en su varia fisonomía. Porque, como población dinámica, vital, fuerte a pesar de las enormes servidumbres derivadas de su importancia —servidumbres patentes/patéticas en su desordenado crecimiento, ensanche adelante laderas arriba, en sus carencias que hoy se pretende satisfacer con tantos esfuerzos como acierto fuera deseable—, Bilbao es un mundo de sentimientos y de hechuras físicas y como tal susceptible de ser contemplada/examinada desde distintos ángulos de enfoque. Incluso, claro que sí, desde el plano de la cultura. Créase o no, Bilbao fue en el primer cuarto del siglo la auténtica “Atenas del Norte”, sin demérito de otros

entusiasmos alrededor. Y lo fue, en analogía a parecido fenómeno en latitudes europeas, en virtud de esa su pujanza, luego recortada —tristes treinta, cuarenta, cincuenta— y, cuando recuperada —elefantiásicos, sesenta, setenta—, malamente orientada por los senderos del desarrollismo».

Hay muchas cosas para una larga meditación sobre Bilbao en la obra de Rafael Ossa... Un estudio en profundidad en torno al Bilbao del novecientos... Rafael Ossa Echaburu no sólo es un gran profesional del periodismo en Bilbao —uno de los pocos— sino un estudioso de nuestra historia a quien tenemos que reconocer su importancia... Conste que no digo esto porque está hoy aquí, a mi lado, sino por estricta justicia...

¿BILBAO?: PUTREFACTA

Conocí a Blas de Otero a mediados de los años cuarenta, en una buardilla que un tal Waconing tenía en una casa de la calle Correo, de Bilbao, encima de una tienda llamada “Gastón y Daniela”. Aún no había publicado Blas su libro “*Ángel fieramente humano*”, pero iba a anticiparnos la lectura de algunos poemas...

En una ocasión, más tarde, le pedí una opinión autógrafa sobre Bilbao, su ciudad, pues es sabido que Blas nació en la calle Hurtado de Amézaga. —El mismo lo dice en alguno de sus poemas—. Y me escribió, refiriéndose a Bilbao: «*PUTREFACTA. Y, SIN EMBARGO, SE MUEVE*».

Cuando publicó el libro “*Pido la paz y la palabra*” —apareció en 1955— la censura le prohibió un poema, titulado “*Muy lejos*”, dedicado todo él a Bilbao. Decía en él, entre otras cosas:

«...Ciudad llena de iglesias / y casas públicas, donde el hombre es harto / y el hambre se reparte a manos llenas. / Bendecida ciudad llena de manchas, / plagada de adulterios e indulgencias; / ciudad donde las almas son de barro / y el barro embarra todas las estrellas. / Laboriosa ciudad, salmo de fábricas / donde el hombre maldice, mientras rezan / los presidentes de Consejo: oh altos / hornos, infiernos hondos en la niebla».

Casi al final del poema dice: «*...Nada / me importas tú, ciudad donde naciera. / Ciudad donde muy lejos, muy lejano, / se escucha el mar, la mar de Dios, inmensa*».

Hay un poema en su libro "Mientras" —publicado en 1970— en el que también agrade a Bilbao. Se titula "Y yo me iré". Lo ha escrito en un momento en el que resuelve irse de Bilbao, con sus libros y sus discos... «Te padecí hasta el ahogo, / Bilbao: tu cielo, tus casas / negras. Y tu hipocresía». Y culpa a Bilbao de haber quemado su juventud como un trapo viejo; de haberle lacrado hasta el fondo del alma; de haberle rebañado la ilusión aunque no el entusiasmo...

Pero Blas de Otero se va a ir a París, luego a Georgia —«bajé por el Yang-Tsé Kiang desde Hujan hasta Sangai, caminé por el Báltico»...— a Cuba... Y es estando lejos cuando recuerda a Bilbao, y escribe uno de sus sonetos más notables:

«Cuánto Bilbao en la memoria. Días / colegiales. Atardeceres grises, / lluviosos... / ...Vieja Bilbao, antigua Plaza Nueva, / Barrencalle Barrena, soportales / junto al Nervión: mi villa despiadada / y beata...»

Cuando se encuentra en los muelles de Shangai, Blas se hace la ilusión de que está en los muelles bilbainos, los de su Bilbao... Más tarde, en Cuba, de alguna manera afirma amar y estimar a Bilbao cuando escribe: «Pensándolo bien, lo primero que hay que tener en cuenta es que con la misma facilidad con que nací en la calle Hurtado de Amézaga, pude no haber nacido... Como ello ocurrió, efectivamente, en una casa de la referida calle, y dejando de momento aparte ciertos recovecos de la historia, resulta que mi patria es España, a la que amo y estimo sin que tenga que esforzarme mucho en volver a repetirlo». No sé bien por qué, pero en su libro "Mientras" afirma que su cocina de Hurtado de Amézaga, 36, contribuyó poderosamente a la evolución de su ideología. Seguramente ésto nos lo podría explicar otro bilbaino que fue un gran amigo suyo: Pablo Bilbao Arístegui.

En 1969, Blas de Otero escribe en Madrid un poema que titula "Bilbao":

«Yo, cuando era joven, / te ataqué violentamente, / te demacré el rostro, / porque en verdad no eras digna de mi palabra, / sino para insultarte, / ciudad donde nací, turbio regazo / de mi niñez, húmeda de lluvia / y ahumada de curas, / esta noche / no puedo dormir. Y pienso en los tejados, / me asalta el tiempo huido entre tus calles, / y te llamo desoladamente desde Madrid, / porque solo tú sostienes mi mirada / das sentido a mis pasos / sobre la tierra...».

En el poema titulado “*Morir en Bilbao*”, publicado en su libro “*Mientras*”, después de recordar que a París se lo pasa por debajo del Puente Colgante, que a Madrid la ama como a la niña de sus ojos, que ama a Moscú más que a su brazo derecho, que Pekín es delicioso y terrible, que la Habana es la verdad, y hermosa, y valiente, afirma:

«*Pero Bilbao soy yo de cuerpo entero*». E intenta distanciarse de Bilbao «*a fuerza de campanas y de rompeirrasga y de qué grande es el universo...*» Termina premonitoriamente afirmando que está dispuesto a todo «*menos a morir en Bilbao*».

Hay mucho más Bilbao en la obra de Blas de Otero. Tendríamos que prestarle más atención, al menos toda la que merece...

OLVIDADO como escritor, pese a haber publicado varios libros —y muchos artículos— de un enorme interés para nosotros, los bilbainos... Me refiero a Julián Zugazagoitia, nacido en Bilbao en febrero de 1899, detenido en Francia por la policía de Hitler y fusilado en España por el general Franco.

Entre sus libros más importantes están “*Una vida humilde*”, dedicada a su amigo Tomás Meabe; “*Una vida heroica*”, sobre Pablo Iglesias; “*Una vida anónima*”, sobre un metalúrgico vasco, Fermín Olarte; sus novelas “*El botín*” y “*El asalto*” y otro libro casi póstumo, “*Guerra y vicisitudes de los españoles*”.

Uno de los pocos que se han ocupado de Julián Zugazagoitia ha sido Elías Amézaga, que en “*Los vascos que escribieron en castellano*” le dedica espacio, y afirma que Julián Zugazagoitia Mendieta «*es el fundador de la novela social*».

En su obra hay muchas, numerosas, referencias a Bilbao, a su Bilbao. Que a veces, y a juzgar por lo que él mismo afirma, no le gusta mucho. En uno de los capítulos de “*El botín*” comienza diciendo:

«*Bilbao no es un pueblo simpático. Los que le hacen loas raquícas no es que le quieran más ni que lo encuentren bonito: es que no tienen otra cosa que hacer; pero en la intimidad hablan de Bilbao como el preso de la condena: con aborrecimiento*».

Dice también: «*Bilbao es un pueblo cauto*». Y, más adelante: «*Bilbao, que no es simpático, tiene la gracia ruda de los pueblos de trabajo, y el encanto, nada pequeño, de su juventud. Una chimenea suya vale por todas las fuentes monumentales. No es villa de regalo para los ojos del forastero amigo de prenderlos en rincones de acuarela. Está vitalizada por el dinamismo de su ría. Ha ido creciendo con violencia y se advierte que su desarrollo no ha terminado. ¿A dónde llegará? Los augures señalan, con el brazo tenso, la desembocadura de su ría. El mar, para Bilbao, no es playa; es carretera para su tráfico, sendero que aprovecha y explota su actividad*».

Todavía en el mismo capítulo de “*El botín*” hay más cosas que merecen la pena citar: «*La verdadera historia de Bilbao arranca de las minas y del quiosco del Arenal. Antes de que la banda municipal ensayase su primer pasodoble, Bilbao era una nebulosa, un pequeño pueblo de menestrales y tenderos. La historia sobrevino después, cuando por la carretera de Achuri entró en la villa el núcleo de obreros que había de desentrañar los montes y poner fuego en la boca de los altos hornos, y empezaron a nutrirse de pupilos las posadas y posadillas del barrio de San Francisco*».

Y termino esta referencia a Julián Zugazagoitia con una última cita, del mismo libro: «*Detrás del bilbaino apareció el burgués, despierta la codicia, con la boca golosa para todos los placeres. Y surgió, arrolladora, la historia de Bilbao, que llegó, con la ayuda de la fortuna, a episodios conmovedores*».

GABRIEL ARESTI Y BILBAO

GABRIEL Aresti, nacido y muerto en Bilbao (1933-1975), escribió, naturalmente, sobre su ciudad, aunque muchas veces, como Zugazagoitia, como otros bilbainos, para menospreciarla...

«...*acá abajo, / en este oscuro pozo, / en este infierno / que se llama Bilbao...*»

O «*En el estercolero de Bilbao / encontré / una flor.*»

En su libro “*Harri eta Herri*”, en el que dice que no quiera Dios que le pongan su nombre a una calle de Bilbao... «*Cuando yo me muera*

se podrá leer / la siguiente inscripción encima de mi tumba: / Aquí yace Gabriel Aresti Seguro. En paz descanse. / Pérez y López. Marmolistas. Derio. / Habrá también en la Biblioteca Provincial de Vizcaya, / (si no me excomulgan antes), / un libro (acaso, no es seguro), / que nadie leerá, / con mi nombre. / Y un hombre dirá cuando florezcan los cardos: / Como decía mi padre, yo también... / (Me vendrá todos los años una mujer por Todos los Santos / con una corona de flores). / No quiera Dios que le pongan mi nombre a una calle de Bilbao. / (No quiero que un barbero borracho pueda decir: / Yo vivo en Aresti con la cuñada / vieja de mi hermano. Ya sabes. Con la coja). / A veces los viejos decires se equivocan. / Pienso que mi nombre / es mi ser, / y que no soy / sino mi nombre».

Pero sí le pusieron el nombre de Gabriel Aresti a una calle de Bilbao, por cierto una de las calles más largas, una calle llena de edificios nuevos de viviendas y de institutos... Y hay, además, un grupo de vecinos del barrio de Iralabarri que reclaman el nombre de Aresti para una plaza del distrito... Aunque otros bilbainos bastantes y muy importantes, no tienen el menor recuerdo en ningún lugar de la villa...

En la obra de Gabriel Aresti hay muchas otras referencias a Bilbao... Por ejemplo, en “*Euskal Harria*”: «Aquí Bilbao. Ciudad dormida, vida / aletargadamente conseguida. / Sale un rayo de luna, y enseguida / que somos hombres-sol se nos olvida».

Y también este poema, titulado “*Calles de Bilbao*”, que no me resisto a recordar:

«Calles de Bilbao, / las más torcidas, / la tierra se ha cubierto / de casas y de hombres, / de máquinas / para llevar / a los hombres de un sitio a otro, / de vicios y de pecados, / de caridades y de crímenes, / plazas redondas, / alamedas anchas, / vosotras / a mí / me traéis / a la memoria / mi viejo propósito, / lo que quise hacer una vez / y nunca / he hecho, / Autonomía, / Amistad, / Paz, / Libertad, / Fueros, / las cosas que yo he amado, / ministro Urquijo, / cardenal Gardoqui, / almirante Mazarredo, / general Eguía, / economista Arriquirar, / los hombres que yo he odiado, / calles, / feas calles, / calles por aquí y por ahí / por allí / por todas partes, / me nace en el alma el deseo de subir al Gorbea, / para organizar allí la salvación de la lengua vasca, / pero me

quedo aquí, / entre estas calles, / esperando un milagro, / porque no tengo / el suficiente coraje / para dejar de afeitarme todos los días».

Fuimos buenos amigos Gabriel y yo. "Heuskal Harria" se publica en 1967, y Aresti me envía un ejemplar con esta dedicatoria autógrafa: «A Angel Ortiz Alfau amigo compañero hacia las españas, hacia las europas, porque deseamos algo mejor que Euskadi, que España, que Europa». En 1964 me había dicho en su libro "Harri eta Herri": «A mi buen amigo codo con codo, cada día, en contra...»

EL BILBAO DE SALAVERRIA

CON los artículos que José M^a Salaverría escribió sobre Bilbao habría, por lo menos, para un grueso volumen. Salaverría nació en Vinaroz, Castellón, en 1873, y murió en Madrid en 1940, pero es, sin duda, un escritor vasco. Vivió buena parte de su vida en América, y publicó muchos libros, casi todos no reeditados nunca.

En un suplemento literario de los últimos tiempos de "La Gaceta del Norte" publiqué tres artículos bilbainos de Salaverría escritos en el mismo Bilbao en 1916 y 1917, titulados "El río dinámico", "La guerra en Bilbao" y "Las ciudades vivas"...

De esos artículos unas pocas citas:

«Bilbao es el hermano de las grandes urbes fluviales, Londres, Hamburgo, Bremen, Rotterdam, Amberes. Porque los mayores puertos se recuestan en los ríos».

«¿Qué aventurero y qué enérgico este río Nervión! Lejos, en la Edad Media, ya las polacras y galeazas de altura, viniendo de Flandes o de Inglaterra, remontaban el curso torcido del estuario y amarraban en la modesta villa de mercaderes, Bilbao. Pero un día, de los cerros empezó a caer mineral con una prisa desacostumbrada. Los cerros abríanse en dos, y se desplomaban sobre los muelles del río. Los buques se repetían aceleradamente, y todos iban henchidos del toscó hierro. Como en un flujo milagroso, Bilbao enriquecía, agrandábase. Pero no; Bilbao no es todo en este caso. Lo interesante es esa ciudad abigarrada e indefinible que empieza en la iglesia de San Antón y termina en el Abra».

«Lo importante es que Bilbao se llene de dinero. El dinero de Bilbao ha sido el más fecundo y el más osado de España. Cuando el dinero bilbaino alcance un supremo nivel, seguramente se desbordará hacia afuera, y no será España la que menos se beneficie de ese desbordamiento de dinero y de empresas».

EL ROMANTICO BILBAO

UN caso insólito de falta de interés y de preocupación por nuestra cultura y por nuestras gentes es la del olvido total en que tenemos a un escritor bilbaino de este siglo: Luis Antonio de Vega. (Bilbao, 1898-Madrid, 1979). Autor de más de quince novelas —varias de ellas premiadas—, tres libros de poesía, varios de ensayos, y muchísimos artículos en periódicos y revistas, hoy apenas nadie conoce a este escritor, algunos de cuyos libros siguen teniendo un interés indiscutible... Por ejemplo, uno de ensayos, publicado en 1962, titulado “*Nosotros los vascos*”, u otros dos sobre gastronomía y sobre vinos españoles... O para nosotros los bilbainos, una novela que en 1954 obtuvo el Premio Pedro Antonio de Alarcón, y que publicó en 1955 la Editorial Colenda, de Madrid, titulada “*El amor de la sota de espadas*”. La colección en la que aparece se llama “*Grandes novelistas de nuestro tiempo*”. Los editores señalan que Luis Antonio de Vega «es uno de los primeros novelistas españoles y, probablemente, el primero de Marruecos. Muchas de sus obras han logrado importantes premios».

Pues bien, el escritor bilbaino Luis Antonio de Vega no aparece en ninguno de los Diccionarios de Literatura Española existentes. Incluso aquí, en su Bilbao, es un escritor absolutamente olvidado, desconocido... Elías Amézaga se ocupará de él en el volumen X que publicará próximamente, “*Escritores Vascos*”.

Por eso creo que interesa recoger para esta ocasión algunas de las cosas que escribió en “*El amor de la sota de espadas*”, novela absolutamente bilbaina. La dedicatoria, en la primera página, ya nos pone en guardia:

«A Achuri, a Bilbao la Vieja, al Campo de Volantín, a los anguleros y a los boteros de la ría, a los borrachines de las Siete Calles, al Majafuelles de San Antón, a Gargantúa, a don Terencio, a doña Tomasa, a los cochorros de los Jardines de Albia. A Bilbao, a todo Bilbao, a mi Bilbao».

Todo el libro, insisto, es bilbaino. Cuando empieza presentando a los personajes, habla de las gentes de Bilbao, sobre todo de la generosidad de sus mujeres, de las escuelas públicas, y del Hospital de la Misericordia... Cuando se refiere a los hombres advierte que no presumen de su éxito, *«porque la presunción es, en la villa, de mal tono...»*.

En el segundo capítulo Luis Antonio de Vega reflexiona largamente sobre *«el marco más romántico del romántico Bilbao»*, una población que, según él, está sin descubrir o, por mejor decir, mal descubierta. Los que pasaron por la capital de Vizcaya la encontraron dinámica, febril, negra, torcida; pero romántica, nadie.

Compara Bilbao con Trieste y con Amsterdam... Salvo Venencia, tampoco son románticas las demás ciudades italianas. Ni siquiera Roma... Y cuenta:

«En Bilbao comienza por ser romántica la ría. Le favorecía la torre, le favorecían los puentes, el que tiene apresado en su escudo, la pasarela del Conde de Mirasol, y el de Ladrillo, y contribuía a que la orilla fuese romántica el marido de Luz Barrenechea, Francisco de Iruretagoyeneche; en tiempo de la angula, recorría la ribera del canal, en las noches frías, con los demás anguleros, para quienes los borrachos de Achuri compusieron una canción magnífica para ser cantada en las tardes de lluvia en las tabernas de la Guerniquesa y de la Zornozana. En ellas los bilbainos habían decretado, con evidente acierto, la victoria de los vinos rojos sobre los vinos blancos...»

«Bilbao era romántico desde que se entraba en la villa por el camino de Bolueta: el paseo del Corregidor y Miraflores, buena balconada para mirar hacia el monte y hacia el valle en un día un poco ceniciento. Espléndido paisaje para cargar el alma de melancolía, el paseo de los Caños, con sus árboles altos...»

«El paseo de los Caños, siempre un poco en ruinas, pero que precisamente por estar en ruinas aumentaba su romanticismo como acontece a las viejas y cuarteadas edificaciones; el paseo de los Caños, entre cuyos senderos florecieron tantos idilios, y en el que los menestrales de fines de siglo, con el corazón oprimido, dijeron a las artesanas, dulce y románticamente estremecidas, que las querían, en unas tardes color oro viejo en las que se hacían amarillas las hojas de los castaños».

«En la orilla de Achuri, las Ollerías, las Altas y las Bajas. Una noche de luna, las desdeñadas Ollerías, calles con peldaños de piedra, rincones propicios al ensueño, plaza de Artechu, no cedían en romanticismo a ninguna callecita del sur».

«La plazuela de la Encarnación, en una de cuyas tabernas, en la de Zenón, se reunían los curas y los pelotaris que llegaban de la merindad de Zornotza y del Duranguesado; (...) la plazuela de los Santos Juanes, con un fondo de tapia de jardín y una casa palacio en la que el agua cantaba constantemente, porque en las antiguas cañerías de Miraflores, que atravesaban el edificio, llegaba la música; los Arcos de la Ribera. De allí hasta la Basílica del Señor Santiago, las Siete Calles que son ocho si no se olvida la de Barrencalle Barrena, que sería injusto olvidar, y con lo que, por añadidura, se causaría agravio a los toneleros, que la hacían sonora con el repique de sus instrumentos de trabajo».

(Naturalmente, aquí Luis Antonio de Vega se equivoca: la octava calle era la de la Ronda)

«En la orilla opuesta, el romanticismo era un poco más de rompe y rasga por la vecindad de las minas y porque en Urazurrutia, Iturburu y Cantarranas tenían sus domicilios las más expertas vendedoras de coliflores y pimientos verdes y encarnados, las tarangueras del Corte del Río y las muchachas que se iniciaban en el comercio pregonando en la puerta del mercado: —¿Sal quiere, salada?...»

«Romántico era el Arenal, con el paseo de las Acacias, en un retazo de ría en la que siempre había barcos en sus riberas, su iglesia de San Nicolás, con un penacho verde de verdes montes a sus espaldas, y hasta el quiosco de Pepita, que surtió de pelotas de goma, merengues y bollos suizos a muchas generaciones de niños bilbainos, cuyas aspiraciones más elevadas se concentraban en aprender a nadar en la Rampa del Chorizo; románticas Las Calzadas, que trepan hacia Begoña rasando las tapias del cementerio de Mallona, uno de los más bellos y románticos de Europa, y la plaza de los Auxiliares, que tenía un edificio, el Instituto, con una afortunada fachada».

No sé cómo pero creo que a Luis Antonio de Vega hay que recuperarle, al menos en Bilbao. César González Ruano le admiraba como escritor, y muchas más gentes en su tiempo...

CIEN POETAS CANTAN A BILBAO

Recuerdo que en la colección "El Cofre del Bilbaino", que editaba el librero Arturo Diáñez Berbén, figuraba como de próxima publicación, casi desde el principio, hacia 1962, un libro titulado "Cien poetas cantan a Bilbao". Y, entre paréntesis, se decía: *Selección, prólogo y glosario de Gregorio San Juan. Parcialmente inédito*. Este libro, lamentablemente, no llegó a publicarse, pero ahí está la noticia: San Juan tenía entonces cien poetas que habían cantado a Bilbao... Más tarde, otros poetas, bastantes, han cantado también a Bilbao.

Hoy, puesto que no tenemos mucho tiempo, solo quería aquí recordar algunos poemas, algunos poetas...

JAVIER DE BENGOCHEA

EUROBILBAINADA

SIETE calles
son mi casa.
Patria escasa.
No me falles.

Sé detalles:
la euromasa
pisa, pasa,
montes, valles.
Ciudad mía,
¿desvaría
tu coitao?

Que me creo
europeo
de Bilbao.

GERMAN YANKE

"FUROR DE BILBAO"

Luces de Bilbao,
desde el observatorio itinerante
de mi imaginación,
no sólo contemplo vuestro deterioro,
os siento

a tantos kilómetros de distancia.
Algo que ya sabía
y ahora vuelvo a saberlo:
Bilbao no se muere de muerte natural.
Bilbao es una ciudad de rizos
de color de piedra
que se muere porque te demoras
mientras espero en esta esquina
de agobiante ambiente.
Ya sé lo que ocurre:
no cabe la libertad
en calles tan estrechas
y tu ausencia las vuelve obscenas.
Toda la poesía de Bilbao
es mirar al cielo.
Tumbarse en el Arenal
y, ahora que no hay tilo,
mirar al cielo.

MARI FELI MAIZCURRENA

EL BILBAO DE RAMON DE BASTERRA

Yo quisiera cantar la pujante metrópoli
de Ramón de Basterra, el Bilbao industrial
del hierro y de los hornos, de la luz cenital,
el Bilbao que es un buque dispuesto a zarpar,
alta cabeza erguida entre el monte y el mar...

Pero no queda mucho de aquello
ni queda, desde luego, gran cosa que contar,
pues lo contaron otros: fue suya esa ciudad.

Quizás hoy de nuevo haya lugar
para decir "el baluarte
del pasado te cerca,
asáltalo, derrúmbalo a explosiones
de inteligencia.

El porvenir abre sus vías
para que tú las emprendas".
Pero ha pasado el tiempo, y no es del todo
buena

la herencia.

Y ese Bilbao proteico y enérgico del verso,
al lado de la historia, es sin duda más bello.

Vayamos al futuro con cautela.

PEDRO MOURLANE MICHELENA

UN HIMNO A BILBAO

Plaza al Bilbao de la rueda y la quilla
que se desvela para madrugar;
aúpese en tu hombro la enjuta Castilla
para ver el mar.

Un viento largo sacuda en tu puerto
los pabellones con que se empavesa.
Vivir alerta, pero siempre abierto;
tu divisa es ésa.

Dicta tu brío, Bilbao, a las cien
urbes más jóvenes que enfilan tu Abra.

Ten ocios altos, y ansía también
dictar tu palabra.

Tras de la llama, dé al hierro su flor.

Ama el poder, el linaje y la fama.

Vengan saber exquisito y honor
detrás de la llama.

Y si fluctúas, al fin no zozobras,
porque tu esfuerzo conjura a la suerte,
y ha conseguido el ardor de tus obras
matar a la muerte.

Plaza al Bilbao de la rueda y la quilla
que se desvela para madrugar;
aúpese en tu hombro la enjuta Castilla
para ver el mar.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

MI OPINION SOBRE BILBAO

La primer vez que entré allí

Bilbado fue para mí

el pueblo más admirado:

y quedé ya tan prendado

de *Bilbado*, que volví
muchas veces a *Bilbado*

(Nota: no escribo “Bilbao”
porque es verso y me da grima
tener que escribir “prenda”
y “admirao”, como “obligao”
me vería por la rima).

Y cada vez que repito
mi entrada allí me autoinvito
de nuevo a entrar con más gana:
¡y entro otra vez!... Y no evito
si salgo hoy, a entrar mañana.

En fin: ¡que de entrar su ufana
en *Bilbado* mi yo entero!
y tanto he entrado que infiero
que si estoy cuando “Luchana”,
¡entro yo en vez de Espartero!

GABINO ALEJANDRO CARRIERO

PALABRAS A BILBAO

La primera palabra
depués de viento y el Mar Cantábrico,
Bilbao.

Después de lo verde de las colinas,
la segunda palabra:
Bilbao.

Después de la niebla y el sirimiri,
Bilbao.

Tercera y última palabra.

Todo este diccionario del corazón
para arribar por el aire y descender
sobre Bilbao.

Sobre sus calles,
sobre las chimeneas de sus fábricas,
sobre sus muelles matinales.

Sobre los colegios femeninos
y el puente del Ayuntamiento.
Sobre el Nervión húmedo de sudor.

Para descender sobre Bilbao
igual que la gaviota vertebrada,
el ave sólida del norte.

Para caer sobre la Ría
mirando a Las Arenas
desde la orilla izquierda de Portugalete.

Para bajar a Deusto desde Olaveaga,
para contemplar Bilbao La Vieja
desde el viejo café de la Ribera.

Para ensancharse en la Alameda de San Mamés,
subirse hasta Begoña
o saberse en Achuri.

Toda esta toponimia del corazón
para vestir el mono azul obrero
y anidar en los trenes de Bilbao.

La primera palabra
después del martinete y las perforadoras,
Bilbao.

Después del haz de arboladuras,
la segunda palabra:
Bilbao.

Después de la esperanza y su futuro múltiple,
Bilbao.

Tercera y última palabra.

ESTEBAN CALLE ITURRINO

LAS SIETE CALLES

Es, de las siete hermanas la primera
—corvo alfange— SOMERA:
vino, canción y sombra.

La segunda, ARTECALLE, es una alfombra
que ha olvidado la rueda y la herradura,
y ostenta, con burguesa compostura
empaqué y señorío
que antaño no tenía,
cuando era trocha medieval que unía
la muralla y el río.

La tercera se llama TENDERÍA,
y, es verdad, que se tiende jubilosa
y orillada de lípidos cristales
entre un pórtico y unos soportales.

Es la más recatada y pudorosa,
pulcra, humilde y discreta,
la cuarta, preferida del poeta:
BELOSTICALLE, exposición urbana
de piel, seda, algodón, batista y lana.

Que ninguno se asombre
del nombre de la quinta, pues su nombre,
CARNICERÍA VIEJA, no describe
su auténtico carácter; supervive
y revélase en ella
la paz fecunda de la Villa aquella
que mereció llamarse —limpia y grata—
la “Tacita de Plata”.

BARRENCALLE es la sexta:
todo es báquica fiesta
de sol a sol, en esta
vía de los aromas suculentos
de la cocina vasca,
amiga de los vahos soñolientos
y tibios, de la tasca.

BARRANCALLE BARRENA, disoluta,
beoda y musical, a su vecina
celosa le disputa
nombre, vahos, aromas y cocina.

A las SIETE, mi lírico mensaje
cordial y fervoroso: al varillaje
del abanico urbano
que se despliega airoso junto al río.
Sólo el sol de verano
alumbra por entero el casco umbrío
de las viejas arterias de la Villa,
que el orvallo tenaz, denso, silente,
empapa mansamente.
¡Cuna de mi Bilbao cabe la orilla
del Nervión, que la briza eternamente!

ABILIO ECHEVERRIA

BILBAO EN CUATRO TIEMPOS

1

El año mil trescientos, en la orilla
del Nervión —que hoy añora en sus riberas
el prístino verdor de sus praderas—
funda Don Diego, el gran señor, la Villa.

Por gracia, así, Vizcaya abrió a Castilla
anchas puertas al mar... Bilbao, qué esperas
a trocar en audiencias marineras
tu bucólica paz, tu laya en quilla?

Mas no tarda en pasear tu Consulado
por Europa el prestigio de su enseña.
Pronto arde tu primera ferrería.

Agrícola, el bilbaino —vascongado—
siente ansias mercantiles, mientras sueña
con futuras grandezas nuestra ría.

2

Siglos XV a XVIII... Engrandecida,
pulmón de la meseta castellana
y al fin cabeza de su “tierra llana”.
la Villa orienta cara al mar su vida.

“Machinadas” y fueros, decidida
voluntad de expansión, de la que emana
la espléndida promesa de un mañana
cuyo señuelo a trabajar convida.

Todo impulsa a la Villa a que trabaje.
Triunfa la ilustración. Rugen las fraguas.
Todo es hirviente afán... Más todavía

sigue siendo bucólico el paisaje,
azul el cielo azul, limpias las aguas.
Aún baja limpia el agua de la Ría.

3

Bilbao decimonónico... Facciones,
guerras y sitios en feroz revuelo.
Mas ¿quién se opone a tu indomable anhelo
si tú mismo a ti mismo no te opones?

Y allá vas entre danzas y canciones,
y proyectas tus hornos hacia el cielo,
y desgarras la entraña de tu suelo,
que te entrega, rendido, sus filones.

Y despachas tus naves a horizontes
lejanos, una vez que con tu puerto
domeñaste del mar la rebeldía.

Sangran hierro las venas de tus montes.
Tú cobras vida, pero algo hay que ha muerto;
ya no es tan limpia el agua de la Ría.

4

Bilbao del siglo XX, tu destino
lo forjaste tú mismo con tu augusta
voluntad de progueso a quien no asusta
meta lejana o áspero camino.

Tu eres el dueño de tu propio sino,
Bilbao, el de alma alegre y faz adusta,
que haces con don Miguel prosa robusta,
con él, Basterra y Blas verso genuino.

Bilbao que juegas con tu "Athletic" y haces
música con tu A.B.A.O., tú eres el dueño
de tu destino: el "Gran Bilbao" que un día

soñaste y al que ya sientes que naces.
Dichosa al ver cumplido el viejo sueño
—más sucia cada vez— baja la Ría.

JOSE DEL RIO SAINZ

CANTO A LA RIA DE BILBAO

La ría de Bilbao es una lanza
que Europa nos clavó en la costra dura
del litoral; al corazón alcanza,
más en vez de matarnos, letra a letra,
por ella en avalancha de cultura
el pensamiento universal penetra.
Por el hondo rasgón y la ancha herida
la sangre a borbotones no se escapa;
antes bien, a esa herida va atraída
la fuerza misteriosa de la vida
desde todos los ámbitos del mapa.
Con el agua, ese espíritu se interna,
como un acero en la bruñida vaina,
en la dureza de la tierra eterna
y forma la moderna,
luminosa matrópoli bilbaina...

Toda la gran ciudad con sus contornos
y su ritmo interior, con sus mil fraguas,
con sus museos y sus altos hornos,
nació del parto de esas turbias aguas.
Esas aguas en las que el viento agita
oriflamas y extraños pabellones
juntos en una babelesca cita.
¡Esas aguas que dan a los blasones
gracia cosmopolita!

La ría es la riqueza: sus amargas
ondas conocen bien la pesadumbre
de los vapores que le traen sus cargas

desde todo el planeta en muchedumbre.

La ría es el progreso; en el profundo
cauce, el hilo de planta serpentea
y el palpar del corazón del mundo
lleva hasta San Antón cada marea...

La ría de Bilbao es para mí sagrada;
si para los bilbainos es riqueza y progreso,
para mí representa una hora ilusionada:
música de acordeones entre un vaso y un beso.

La ría es el recuerdo, la vaga lejanía
que ya se va esfumando de las horas dichosas;
pedazos de ilusiones al fondo de la ría,
guarda como un depósito de aguas fangosas.

La ría ha visto el humo de mi primera pipa
¡esa pipa romántica de fanfarrón grumete!
¡Empecé a andar el mundo desde el muelle de Ripa
y mi primer amor lo vió Portugaleta!

¡Y los cafés de Erandio! ¡Cuanta dulce memoria
sepultan tus divanes! Una reina Victoria
los presidía en una litografía mala,
y a su sombra bebían los marinos ingleses,
¡mientras las camareras pasaban por la sala
con sus cabellos rubios cual portátiles mieses!

Y el recuerdo sagrado, el chalét de Luchana,
la casita mitad marina y aldeana

—marino y aldeano es todo este paisaje—
desde cuyo balcón, a los muelles cercanos,
nos decían adiós, cuando íbamos de viaje.

Las tres jóvenes hijas del capitán anciano...

La ría de Bilbao guarda en su agua fangosa,
una rosa fragante de roja lozanía;

¡si revolvéis el agua y encontráis esa rosa,
volvédmela, esa rosa es la juventud mía!

La ría de Bilbao ha visto, una por una,
mis palomas de ensueño hacia el azul volar,
cuando pensaban locas llegar hasta la Luna,
y después ir cayendo... Mis sueños de fortuna
las aguas de la ría llevaron hasta el mar.

La ría es todo eso;
el juvenil placer,
el primer loco beso,
que se da a una mujer.
La primer borrachera

de ese vino que sólo se da en la primavera
de la vida y que luego no se vuelve a beber.

Y la primera rima, al querer ser poeta,
y los primeros hondos pensamientos humanos,
y la primera blanca, milagrosa peseta
que gané con mi esfuerzo, que gané con mis manos.

Eso es para el poeta la ría de Bilbao.
Vapores que descargan carbón y bacalao;
café cosmopolitas en las claras riberas;
sinfonías de pitos y campanas; banderas
tremolando sobre una gregaria multitud,
olor a brea y yodo y, lo mejor de todo,
la divina y eterna palabra: ¡juventud!

Más de cien poetas, más de cien escritores, historiadores, científicos, etc. Muchas, muchas horas, muchas páginas, podríamos llenar con lo que se ha escrito. Con lo que han escrito los propios hijos de la Villa o gente de fuera. Tendría que ser publicado. Sobre todo, aquello que, hasta la fecha no ha sido recogido en libro. Y, por otro lado, la biblioteca municipal tendría que esforzarse y adquirir todos los libros que tengan algo que ver con Bilbao, o con sus hijos...

PALABRAS DE RECEPCION Y PRESENTACION

Pronunciadas por

COSME BARAÑANO LETAMENDIA

Amigos de la Real Sociedad Bascongada y amigos todos

¿Qué puedo yo aportar a la biografía literaria de Angel Ortiz Alfau? ¿Qué es una biografía literaria? Se pensará que es la biografía de un escritor, que coloca en el punto central su obra literaria, como hay biografías políticas de hombres de estado que analizan su actuar político como punto central. Es difícil separar en el caso de Angel su quehacer vital, político y su quehacer literario, dirigido sobretudo al mensaje de la lectura.

El tema nuclear de Ortiz Alfau ha sido la parábola del hijo que no se ha encontrado amado lo suficiente por su madre cívica, Bilbao. Por aquí empieza su andadura: escribir como un sustituto del amor deseado y del amor que desea enviar. No escribe en busca del tiempo perdido, escribe en busca de esa madre que le cobije en sus muros ciudadanos, de nuestra invicta y leal villa.

Desde este punto habría que relatar la biografía de Angel, desde esta perspectiva tan suya de recopilar los grandes valores de la villa, y de escribirla en la forma en la que habla. En Angel no se separa su forma de hablar y su escritura, basadas en la devoción a lo que comenta.

Su tono verbal, entre lo serio y la ironía, entre lo triste y lo jocoso, se refugia siempre en los textos de otros: en los que antes que él han amado a la madre. Cuando se escribe sobre Ortiz Alfau uno piensa que toca un copo de nieve, que se desvanece, pero que siempre deja la mano húmeda.

El mundo de Ortiz Alfau es el mundo de la lectura y su objetivo es hacernos partícipes de ella. Como señalaba el gran educador suizo Jakob Burckhardt hay que estudiar la historia para darse cuenta que es una cosa de humanos y que como tal es, de alguna manera, patológica. Patológica significa que hay que conocer todos sus chanchullos y neurosis sin caer en la ilusión de que por conocer la historia la podemos curar. Como Burckhardt quiere Angel Ortiz Alfau ser consciente del pasado pero no tiene el afán del pedagogo insistente y militante, con ese discurso de que hay que mejorar el mundo y no perdonar las faltas. Nunca ha tribunalizado a nadie, sino que ha querido comprender, incluso comprender los errores.

Algo de admirar en nuestros días aquí y ahora. Angel Ortiz Alfau no ha reclamado nunca pensar sobre la relación de culpa y de pecado, ni sobre el comportamiento inquisitorial, ni sobre las faltas de los demás. Ha pensado siempre exponer la imagen de un Bilbao que, aunque controvertido en su retrato, ha sido excelente. Y nos pide esa excelencia para el futuro.

Una biografía da, en principio, exactitud a la figura de un escritor, a la vez que es una contribución general al saber de esa época en la que el artista vive. ¿Ilumina propiamente una biografía el arte de un escritor? ¿Deben los historiadores mantener reservas y distancias de la vida de un escritor para juzgar su obra? ¿Pertenece la narración aquella al mundo de los reporteros, es decir, al periodismo, a los ecos de sociedad?

Otra pregunta al hilo del Retrato de Ortiz Alfau es la historia en sí y las historias pintadas, ¿en qué grado las “historias pintadas”, los hechos históricos que la Pintura y la Literatura escriben o interpretan en un cuadro o en un texto, ayudan a la Historia como ciencia humana?. A ésta ayuda la paleografía, la emblemática, la heráldica, etc. ¿Puede ayudar también la Pintura? ¿Puede ayudar el Retrato literario, aunque sea controvertido? ¿No era para los renacentistas la más excelsa forma de arte la Pintura en cuanto *istoria*, basándose en la justificación teórica del *ut pictura poesis*? ¿Arrastra la retórica de la Historia, las formas de contar la Historia, como la del Arte, transformaciones estilísticas? ¿Hay una relación entre la Historia *pintada* y la Historiografía, como hubo “un arte de la memoria”? ¿Qué decir de las interpretaciones nacionalistas del cuadro de Mendieta titulado “*El Besamanos*”, colocado en la Diputación después de haber sido comprado por un marino en un bar británico?.

En cualquier caso, una biografía no explica *per se* la obra de un escritor. Su obra es su biografía, lo demás son anécdotas vivenciales. La posibilidad de que de la obra artística se obtengan inferencias acerca del autor está desacreditada. La mayoría de las veces tales deducciones son de una gratuidad y ligereza absolutas.

Es evidente, sin embargo, que toda obra es predicado del autor que la realiza. Lo es un simple acto de conducta, lo es toda nuestra vida, como discurso de conducta, como texto que se despliega en actuaciones ramificadas, dispares, en sus últimas derivaciones, las unas de las otras. Si cualquier ser humano inevitablemente ha de conjeturar cómo es su interlocutor a juzgar por lo que hace y lo que dice, y toda la relación con él se hace a expensas de esta conjetura —toda relación con otro exige un acto de confianza, más también de sospecha— también los lectores de un texto o los espectadores de un cuadro no sólo tienen derecho sino que están abocados a construirse una imagen del autor. En última instancia, la mejor biografía de un autor es su obra creativa y no ese conjunto de acciones que a diario se ve obligado a realizar y que son análogas a las de cualquier otro ser humano (desde comer y dormir, a amar o acudir a un lugar de vacaciones o a otro).

Crear que se puede explicar la historia de un escritor mediante su biografía es padecer un doble error conceptual. El primero se establece al presuponer que el trabajo de un artista no es más que la *reproducción* o la expresión de algo anterior a él que tiene por función transmitir, cuando hay que entender que realizar una obra de arte no es reproducir una experiencia, ya vivida y por lo tanto preexistente, sino precisamente *producirla*: el artista la crea, *la hace* en la realización (literaria, plástica, corporal, etc). Más que explicar una biografía la trayectoria de una obra nos manifiesta la vida de un artista, su potencia y su sentido.

El segundo error —aviso para políticos no para navegantes que ya lo saben— consiste en creer que el pasado (en la historia, y en la realización, de las artes) es causa del presente, como si el tiempo transcurriera desde el pasado hacia el presente en lugar de hacerlo, en realidad, del presente hacia el pasado; lo que ya no es no puede producir lo que es.

La obra de arte es tal en cuanto emerge fuera de la corriente del tiempo, a la vez que nos habla necesariamente de su época. Es Giotto quien aclara y cuestiona, valorándolo, el hacer de Cimabue, como es

Braque quien entiende la lección descomponedora de color y volumen de Cezanne. Hablando de pintores vascos: no son los tatarabuelos de Ucelay los que al construir la casa de Chirapozu y la cerámica de Busturia crean la pintura de Ucelay, sino él quien los rescata en la visión de sus objetos; no es Africa quien ha promovido la literatura de Hemingway sino el quien ha sabido vender las cualidades de las nieves del Kilimanjaro.

Pensar que la biografía va determinando la obra de un escritor, es decir, reducirla a monografía sentimental y gacetillera, sería como afirmar que un barco es propulsado por la estela que va dejando. La Historia de la Literatura es un barco cuyo motor está dentro de la propia escritura, que origina una estela hacia atrás, las permanentes revisiones, o revisitas, que cada gran autor hace sobre esa memoria de imágenes, sobre esa matriz, memoria y caudal —que como el lenguaje que recibimos tenemos a disposición, ese caldo de cultivo, que llamamos cultura.

Gracias Angel por mantener ese caldo, en lo que respecta a Bilbao, siempre a punto y siempre estimulante.